

Recuento histórico de la Hacienda de Santa Ana, Tenancingo

Rubén Nieto Hernández



Universidad Autónoma
del Estado de México

Recuento histórico de la Hacienda de Santa Ana, Tenancingo es una aproximación a la interesante historia de un escenario cuyos orígenes se remontan a tres siglos. Con información proveniente de diferentes archivos históricos municipales, estatales y federales, así como de obras publicadas por especialistas en la materia, se explica el papel que desempeñaron, en primer lugar, las haciendas como unidades de producción esenciales para el sostenimiento de una clase privilegiada, dueña de los medios de producción. Con la ayuda de valiosos testimonios de informantes locales se logró conocer un poco de la vida cotidiana en la Hacienda de Santa Ana, que difícilmente aparece registrada en archivos históricos. Los relatos recuperados dan cuenta de las relaciones sociales entre actores de esferas opuestas que escenificaron sucesos, cuyos desenlaces han configurado la historia local.

En la construcción de esta memoria histórica se reconoció a actores vinculados con episodios trascendentales de la historia nacional que ostentaban propiedades como esta hacienda, en la que se materializaban las contradicciones que durante siglos establecieron una profunda división entre los poderosos y la clase trabajadora. Otro tema importante se ocupa de los efectos del sismo del 19 de septiembre de 1985, que provocó daños en el casco histórico, considerado como orgullo universitario. Estos y otros asuntos representan conjuntamente, un esfuerzo en el que participa la comunidad universitaria y la sociedad civil por el rescate del pasado antiguo y reciente de espacios fundamentales que reafirman la identidad regional.

Rubén Nieto Hernández es profesor investigador de tiempo completo definitivo en la Licenciatura en Arqueología en el Centro Universitario UAEM Tenancingo, de la cual fue fundador en 2003. Estudió la Licenciatura en Arqueología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Es maestro en Antropología Social por la Facultad de Antropología de la Universidad Autónoma del Estado de México y doctor en Estudios Mesoamericanos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel I. Desde 1980 ha realizado labores de investigación y gestión del patrimonio cultural en el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, el Centro INAH Estado de México y el Instituto Mexiquense de Cultura. Desde 2004 se desempeña como cronista del Centro Universitario UAEM Tenancingo.

RECUESTO HISTÓRICO DE LA HACIENDA DE SANTA ANA, TENANCINGO

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca
Rector

Dr. en A. José Edgar Miranda Ortiz
Secretario de Difusión Cultural

M. en A. Jorge E. Robles Álvarez
Director de Publicaciones Universitarias

Recuento histórico
de la Hacienda de Santa Ana, Tenancingo

RUBÉN NIETO HERNÁNDEZ



Universidad Autónoma del Estado de México



“2018, Año del 190 Aniversario de la Universidad Autónoma del Estado de México”

Primera edición, noviembre 2018

Recuento histórico de la Hacienda de Santa Ana, Tenancingo
Rubén Nieto Hernández

Universidad Autónoma del Estado de México
Av. Instituto Literario 100 Ote.
Toluca, Estado de México
C.P. 50000
Tel.: (52) 722 277 38 35 y 36
<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Reconocimiento 4.0 Internacional. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

Citación:

Nieto Hernández, Rubén (2018), *Recuento histórico de la Hacienda de Santa Ana, Tenancingo*, México, Universidad Autónoma del Estado de México.

ISBN: 978-607-422-979-0

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Presentación	9
Prólogo	11
Introducción	13
Las haciendas de México: su papel en el desarrollo de México en el siglo XIX	21
“Como en caballo de hacienda”: la sucesión de la propiedad	35
La Hacienda de Santa Ana y su papel como generadora de riqueza	57
Una aproximación a la función de los antiguos espacios	67
El sismo del 19 de septiembre de 2017. Cuando el monstruo de la tierra se sacudió	89
Referencias	95

PRESENTACIÓN

El presente libro, 'Recuento histórico de la Exhacienda de Santa Ana, Tenancingo', representa una valiosa aportación editorial que permite elevar nuestra noción de 'historia patria', el célebre concepto acuñado por Luis González y González, fundador de la microhistoria en México.

Rubén Nieto Hernández, cronista y profesor de tiempo completo del Centro Universitario Tenancingo, entrega una obra muy informada, bien escrita y plena de aquel amor de índole intelectual que distingue a nuestros investigadores y humanistas.

Lejos de escribir sobre un personaje de piedra, el autor dialoga con esta edificación como un testigo dinámico de sucesos relacionados con la historia regional y, en un sentido más amplio, con la historia nacional.

En este libro se cumple el gran detalle que exige el tratamiento microhistórico. Incluye desde un repaso a la estrategia política y económica que jugaron las haciendas de México en el siglo XIX, hasta la importancia que la Hacienda de Santa Ana, Tenancingo ha significado para el desarrollo del sur del Estado de México, así como su papel durante la guerra cristera y, más tarde, su transición a Unidad Académica Profesional de nuestra Alma Mater.

En estas páginas, el arqueólogo y antropólogo Nieto Hernández ama su objeto de estudio; se condele de su condición

actual y nos induce a la esperanza. Para él, desde que este conjunto arquitectónico adquirió estatus, vive “un nuevo rumbo que esperamos continúe por mucho tiempo” y añade que mientras siga de pie “nos muestras la fuerza de quienes te erigieron y dieron vida”.

En este registro de eventos por los que transcurre la historia de la ex hacienda de Santa Ana sobresale lo ocurrido en el sismo del 19 de septiembre de 2017, que provocó severos daños e hizo pensar por un momento que había llegado su fin.

Sin embargo, existe una voluntad plena por preservar este espacio que representa uno de los símbolos más importantes de la identidad universitaria.

La cesión de la ex hacienda de Santa Ana, por parte del Gobierno del Estado de México en favor de la Universidad Autónoma del Estado de México, sumó un nuevo capítulo a un devenir que habrá de continuar por muchas generaciones.

Este bello libro testimonia el amor de la comunidad del Centro Universitario por su patrimonio cultural, refleja la pasión de nuestros investigadores y es una aportación de nuestra Casa de Estudios para apreciar el devenir histórico de Tenancingo.

Dr. Alfredo Barrera Baca
Rector

INTRODUCCIÓN

El presente escrito no habría sido posible sin la participación de numerosas personas que aportaron información valiosa para reflexionar sobre la importancia que tuvo un escenario histórico como la Hacienda de Santa Ana en el contexto de la región sur del Estado de México y, particularmente, del municipio de Tenancingo. El trabajo realizado ha considerado diferentes aspectos no sólo en relación con la belleza del inmueble y su exuberante entorno que representa para la región una reserva ecológica fundamental. Se aborda también, parte de la historia que hasta ahora se ha recuperado y nos permite un acercamiento al pasado lleno de acontecimientos de la región sur mexiquense.

Agradezco a la maestra Ivette Michelle Valdespín Valdés, primera directora electa del Centro Universitario UAEM Tenancingo, por el valioso apoyo y la motivación para culminar el estudio del lugar que, como universitarios, nos llena de orgullo por ser parte del mismo. Por supuesto, no dejaré de reconocer la ayuda que en todo momento se ha recibido de la maestra Guadalupe Santamaría González en la construcción de esta memoria histórica. En el mismo sentido, reconozco el apoyo y ánimo que numerosos compañeros y alumnos me proporcionaron a lo largo de los años, como las doctoras Martha Elena Mora y María Eugenia Valdés, el doctor Luis Miguel Vázquez, el maestro Alberto Salgado Millán y

a mis compañeros de los programas académicos de Arqueología, Gastronomía, Turismo, Floricultura y Relaciones Económicas Internacionales. Especial mención merecen los compañeros administrativos y de mantenimiento que cada día se esfuerzan por conservar nuestro bello espacio en las mejores condiciones. No se omite mencionar a compañeros como el ingeniero Horacio Valdez Martínez (†), Marcelino Montero y Alejandro Montero, quienes han contribuido de un modo u otro en la noble labor de rescatar la historia universitaria, particularmente la de un escenario que resguarda en cada rincón la vida de actores pasados, quienes pertenecieron a esferas opuestas a la vida de México y escenificaron dramas, cuyos desenlaces han configurado la historia local y regional.*

Desde el inicio de las actividades como Unidad Académica Profesional y, más tarde como Centro Universitario UAEM Tenancingo, era evidente la necesidad de conocer sobre el pasado de un espacio cuyos orígenes se remontan por lo menos a dos siglos. Nos preguntábamos sobre su origen, sus propietarios, las principales actividades, el uso de los espacios y en especial de las relaciones que mantuvieron actores de segmentos sociales opuestos. Se requería asimismo aclarar, hasta donde la información lo permitiera, aspectos relacionados con la configuración original del edificio histórico e identificar los principales cambios que

* El desarrollo de la investigación contó con financiamiento por parte de la Universidad Autónoma del Estado de México, a través del proyecto 2519/2007.

experimentó. De este modo, se realizó la búsqueda de información en diversos archivos municipales, estatales y federales que se complementaron con datos de informantes que conocieron la hacienda, o bien, que tuvieron familiares que trabajaron en ella en sus últimos momentos de bonanza. Esta tarea no resultó nada sencilla, pues prácticamente ya no sobreviven personas que conocieron este espacio productivo en pleno funcionamiento. Se realizó un rastreo de información gráfica que permitiera contar con referentes para reconocer los cambios experimentados en el tiempo. Por lo anterior, se agradece el apoyo del licenciado Sergio Ocos, quien ha dedicado parte de su vida al rescate de la historia de su natal Tenancingo. Reconocimiento especial al doctor Pablo Castro Domingo, director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades del Campus Lerma de la Universidad Autónoma Metropolitana, por su orientación y apoyo, además de ser autor de la obra *Chayotes, burros y machetes* que, por tratarse del estudio más importante sobre las relaciones de poder en la región sur del Estado de México, constituyó una de las principales fuentes para la elaboración de la presente memoria histórica.

La obra no habría sido posible sin la participación de Benjamín López Gómez, egresado de la licenciatura en Arqueología del CU Tenancingo, quien llevó a cabo diversas pruebas de prospección arqueológica y la búsqueda de información documental en archivos municipales, estatales y federales, como parte de su tesis de licenciatura bajo mi dirección, que sustentan en parte lo que en esta obra se presenta. Su entusiasta trabajo proporcionó datos valiosos para corroborar la posible función que distintos espacios

desempeñaron en el pasado. Se agradece el gran apoyo recibido por el doctor Luis Barba P., el maestro Agustín Ortiz y el geofísico Jorge Blancas, especialistas del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México que, mediante la aplicación de sofisticadas técnicas geofísicas, generó información de una historia que aún permanece oculta a la mirada de la comunidad universitaria y de la población de Tenancingo.

Una parte fundamental del estudio se enfocó en la recuperación de información de la tradición oral de los habitantes originarios de la cabecera municipal de Tenancingo y de la comunidad de Santa Ana Ixtlahuatzingo, quienes son legítimos poseedores de relatos y experiencias que forman parte de su propia historia. Entre los principales informantes destacan Elvira Osorio (†), Pedro Balcázar Osorio, Celia Velázquez Velázquez, Delfino y Estanislao Alcántara Sánchez y Jairo Pedraza. Se agradece también al doctor Luis Miguel Vázquez, profesor de tiempo completo del CU Tenancingo, por su esfuerzo para contactar al profesor José Miguel Estrada Jaime, quien trabajó en la hacienda cuando se encontraba bajo la custodia del Departamento de Agricultura y Ganadería del Estado de México, durante la gestión del gobernador Juan Fernández Albarrán. Especial mención merece el doctor Juan Carlos Reyes por su ayuda y solidaridad para salvar al legendario “Árbol de los cristeros”.

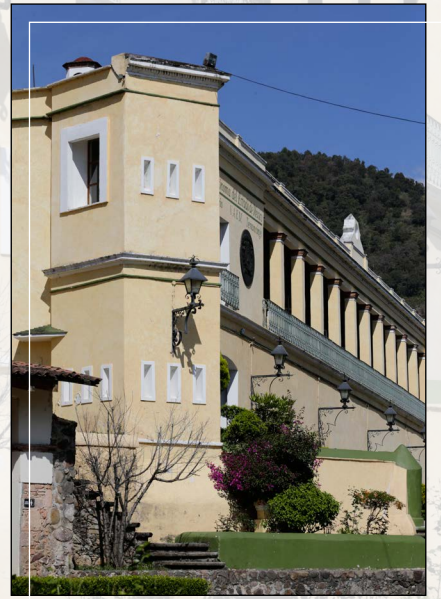
Agradezco al Colegio de Cronistas y a la Dirección de Identidad Universitaria que siempre han apoyado este trabajo, aun en momentos críticos en que enfrentamos problemáticas

ocasionadas por la defensa de la crónica que paulatinamente se ha escrito.

Por último, a nuestra universidad, institución que en la actualidad enfrenta complejos problemas en un contexto que requiere fortalecer valores fundamentales como la solidaridad, la honestidad, la tolerancia, el respeto y la libertad. Espero que con esta modesta contribución, se fortalezca el sentido de identidad como universitarios y como mexicanos.

Rubén Nieto Hernández

Enero de 2018.



LAS HACIENDAS DE MÉXICO: SU PAPEL EN EL DESARROLLO HISTÓRICO NACIONAL EN EL SIGLO XIX

Las haciendas como unidades de producción —esenciales para el sostenimiento de una clase privilegiada, dueña de los medios de producción— representaban la materialización de las contradicciones sociales que durante siglos establecieron una profunda división entre los poderosos y los trabajadores que con su vida construyeron espacios generadores de riqueza (fotografía 1). Estas unidades productivas son consideradas parte fundamental de las estrategias instrumentadas para la colonización del nuevo mundo (Nierman y Vallejo, 1989: 4). A pesar de asociarse a actividades productivas que rayaron en excesos de sus propietarios, se piensa que no constituían precisamente un negocio, sino un medio para expresar la posición social y económica de una clase privilegiada, cuyo comportamiento recuerda al de los señores feudales (Molina Enríquez en Castro Domingo, 2003).

Actualmente, representan espacios que suelen verse sólo desde una perspectiva estética, que limita reconocer en ellas el papel que desempeñaron como elementos esenciales del desarrollo económico de México. Montes de Oca (1998) enfatiza el papel que ejercieron no sólo en el ámbito económico, sino también en lo social, político, ideológico y aun en el militar. Interesante además fue el vínculo que las haciendas mantuvieron con la vida local, principalmente por su función como centros para la toma

Vista panorámica del casco histórico de la Hacienda
de Santa Ana Ixtlahuatzingo. Detalle
Fotografía: Lázaro Hernández.

procesamiento y eventual almacenamiento de granos previo a su comercialización. De este modo, contaban con espacios que operaban como viviendas para los trabajadores, graneros, trojes, así como el área en que se realizaba la separación del grano y el trillado de la paja (Von Wobeser, 1989: 72-73) (fotografía 1).

Fotografía 1

EL ANTIGUO "SEMILLERO" DE LA HACIENDA,
HOY HOTEL ESCUELA RINCÓN DE LAS FLORES



Fotografía: Rubén Nieto Hernández.

Fotografía 2

EL CASCO DE LA HACIENDA A FINALES DE LOS AÑOS SETENTA.
AÚN SE APRECIA LA CAMPANA QUE FUE SUSTRÁIDA ILÍCITAMENTE



Fotografía: cortesía de Jairo Pedroza.

Asociados al granero, se encontraban los corrales del ganado. De este espacio, sobrevive únicamente el bebedero que se abastecía de los canales localizados en la huerta de la hacienda. En la actualidad se emplea como jardinera, mudo testigo de la historia de la hacienda (fotografía 4).

Fotografía 3

DELFINO ALCÁNTARA Y ESTANISLAO ALCÁNTARA
(DE IZQUIERDA A DERECHA), QUIENES EN SU INFANCIA HABITARON
EN TERRENOS DE LA HACIENDA EN SUS ÚLTIMOS MOMENTOS



Fotografía: Rubén Nieto Hernández.

Fotografía 4

EL ANTIGUO BEBEDERO DEL GANADO



Fotografía: Rubén Nieto Hernández.

Muchas de las haciendas contaban con molinos de trigo que requerían de un complejo mecanismo y abundante agua para activar el proceso de molienda. Por tal motivo, se encontraban muy cerca de fuentes de agua. Se recurría también al empleo de animales de trabajo y de tiro, además de corrales y personal que los atendiera en forma permanente. Destacaba la casona donde habitaban los hacendados que, por lo general, estaba adosada a la capilla en que se realizaban los servicios religiosos (Von Wobeser, 1989: 73).

Un segundo tipo de haciendas está representado por las azucareras que, al igual que las que se dedicaban a los productos tropicales, se desarrollaron en las tierras bajas y de clima caluroso (Von Wobeser, 1989: 69). El tercer tipo comprende las haciendas ganaderas que ocuparon principalmente las regiones del norte de México. Se concentraban en la crianza de ganado bovino, de animales de trabajo y de tiro, así como de transporte, entre muchos otros usos (Von Wobeser, 1989: 73).

Para la región de Tenancingo, las haciendas constituyeron el motor de desarrollo económico que las ubicaba en uno de los primeros lugares a nivel estatal (Castro, 2003: 76). Sus elevados niveles de productividad se explican en gran medida por un eficiente mecanismo de explotación agrícola que se valía de relaciones de dependencia salarial (Gilly, 1972: 16). Como podrá suponerse, los trabajadores (peones acasillados) tenían la posición más desventajosa (Von Wobeser, 1989: 73), pues debían someterse a las decisiones de los propietarios de los medios de producción y en múltiples ocasiones al uso de la fuerza. La mayor parte de la producción de las haciendas cerealeras como la de Santa Ana,

estaba destinada a los mercados de las grandes ciudades, aunque abastecía en gran medida el consumo local.

Como muchas de las haciendas de finales del siglo XIX y principios del XX, la de Santa Ana tuvo, entre otros espacios, una tienda de raya que operaba de manera diferente, es decir, como una especie de “centro comercial” donde no sólo se vendían productos de primera necesidad para los peones acasillados y sus familias (maíz, frijol, aguardiente, telas burdas, etcétera), se comercializaban también mercancías destinadas a las familias acaudaladas de Tenancingo (Castro, 2003: 81). Tradicionalmente, la tienda de raya ha sido vista como un mecanismo de endeudamiento que operaba a partir de créditos que se otorgaban a los trabajadores y sus familias para adquirir diversos productos, quienes al no tener una capacidad de pago suficiente acumulaban una deuda que, al paso del tiempo, resultaba prácticamente impagable, pero no por ello les era condonada. La solución consistía en heredar la deuda a los hijos, que se veían obligados a mantener su estatus de peones acasillados que los mantenía eternamente atados a la hacienda (Gilly, 1972: 15). Al parecer, en la de Santa Ana no ocurría así, pues los trabajadores tenían una mayor movilidad (Castro, 2003: 81). El precio de los productos que se ofertaban en la tienda de raya si bien era superior a los del mercado, ello no impactaba drásticamente la economía de los trabajadores que supusiera la permanencia obligatoria del trabajador.

De acuerdo con la información del señor Pedro Balcázar Garduño, la tienda de raya “[...] la tenían afuera de la reja, era para los piones, la atendía mi abuela, que se llamaba Concepción

Catalán Garduño. La tienda grande la tenían en el portal Pichardo, donde ahora está el Banamex, allí llevaban las piezas de manta”.¹ Señala, además, que se ubicaba justo en el costado derecho del acceso principal de la hacienda donde ahora se localiza la caseta de vigilancia del centro universitario (fotografía 5).

Fotografía 5

SECTOR DONDE SE LOCALIZABA LA TIENDA DE RAYA DE LA HACIENDA



Fotografía: Rubén Nieto Hernández.

La elevada producción agrícola de la Hacienda de Santa Ana redituaba grandes ganancias a sus propietarios, quienes disfrutaban de lujos y en general una vida que contrastaba con la pobreza extrema que experimentaba la población de Tenancingo y sus comunidades aledañas. De este tiempo de bonanza sobreviven

¹ Visita del señor Pedro Balcázar Garduño a la hacienda de Santa Ana, quien identificó algunos de los lugares y sus diferentes usos.

relatos en el imaginario popular que a la fecha causa el asombro de quienes lo cuentan:

[...] A la hacienda de Santa Ana iban puros ricachones, puros millonadas de aquel entonces, decía mi mamá, [...] ahí llegaban para las rayas de los trabajadores [...] Mi papá, el día sábado, me platicaba que se iba a la hacienda a ayudarlo a mi tío, porque ya había muerto su papá, a rayar a los trabajadores, decía que llevaban mucho dinero en chiquihuites, fíjese cómo habría de dinero (Consuelito Balcázar Garduño (†), en Castro, 2003: 83) (fotografía 6).

Fotografía 7

PEDRO BALCÁZAR (IZQUIERDA) Y SERGIO OSCOS (DERECHA)



Fotografía: Rubén Nieto Hernández.

De los relatos que describen la existencia de un gran tesoro sepultado que aguarda a la persona adecuada, destaca el de un anciano que se presentó con los guardias de la Unidad Académica Profesional en 2003, para comentarles que buscaran frente a la capilla de la hacienda una piedra que marcaba el acceso a un túnel en el que el hacendado escondía sus monedas de oro para evitar que fuesen robadas durante las incursiones de las gavillas de revolucionarios provenientes del vecino estado de Morelos. Esta persona pedía únicamente que de encontrar “el dinero” le compartieran un poco para aliviar sus enfermedades. Recomendó que la única condición para encontrar el oro, debería ser la de evitar a toda costa ser codicioso, ya que se corría el riesgo de que la riqueza se convirtiera en carbón. Estas narraciones ocasionaron la destrucción de gran parte del casco histórico hasta dejarlo en estado ruinoso (fotografía 7).

Otro relato que recrea la idea de la riqueza escondida en el casco histórico corresponde a Marcelino Montero (†), quien fuera hasta hace algunos años trabajador del centro universitario. Él comentó que al realizar la introducción del cableado para voz y datos en la sala de consejo, encontraron una caja de lámina que contenía pulseras, anillos de oro y un gran collar con brillantes, además de un gran cristo de oro, similar al que usan algunos sacerdotes en los servicios religiosos. La reacción honesta de los trabajadores fue llamar al ingeniero que estaba a cargo de la obra, de quien se desconoce el nombre, para reportar el hallazgo y hacer entrega de la caja. Este personaje les dijo que él se haría cargo y sin más se llevó las joyas sin darles alguna explicación.

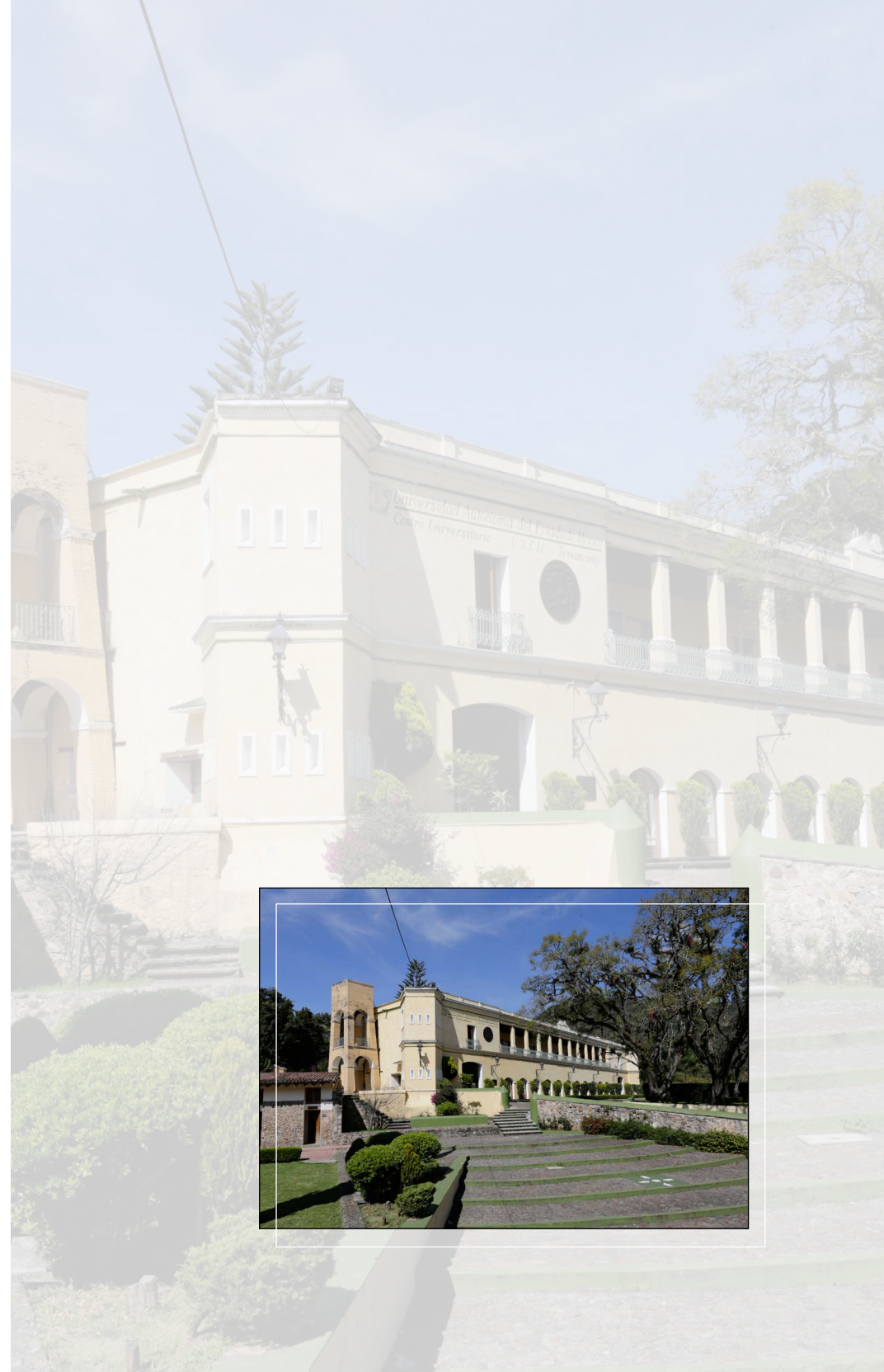
Tiempo después, el “ingeniero” dejó el empleo y nunca más se supo de estas joyas.

Fotografía 7

ESTADO RUINOSO DE LA PLANTA ALTA DEL CASCO HISTÓRICO



Fotografía: autor anónimo.
Archivo documental del CU Tenancingo.



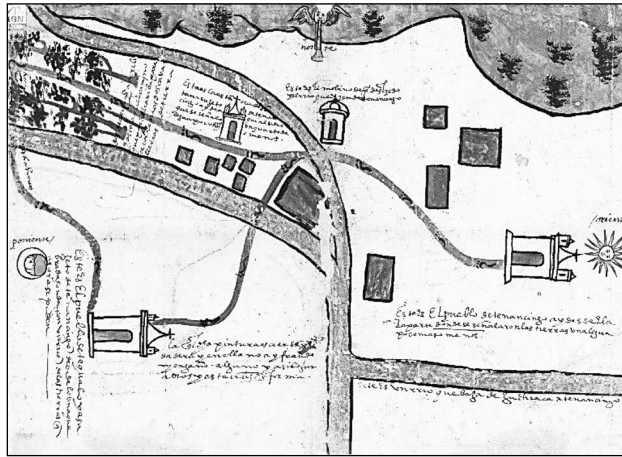
“COMO EN CABALLO DE HACIENDA”: LA SUCESIÓN DE LA PROPIEDAD

La historia de la Hacienda de Santa Ana se halla aun difusa debido a la lamentable destrucción de la mayor parte de la información documental. La escasa documentación que sobrevive se encuentra dispersa en diversos archivos estatales y federales que requerirán de años para reunirlos nuevamente y recrear lo que fue este importante escenario. Entre los principales problemas que se deben atender destaca la sucesión de la propiedad que se mantiene prácticamente desconocida.

Se tienen referentes no muy claros de que fue construida a principios del siglo XVII, época que corresponde con el repartimiento de tierras y sus pueblos que realizó la corona española. En una búsqueda que habrá de continuar por muchos años, ha sido posible localizar algunos planos en el Archivo General de la Nación, que señalan la probable ubicación de una hacienda en las afueras de Tenancingo, justo en el camino real que conducía a Villa Guerrero (mapas 2 y 3). Estos documentos requieren de un examen profundo para reconocer el paisaje en que se fundó la Hacienda de Santa Ana, proceso que requiere identificar los rasgos más sobresalientes.

Mapa 2

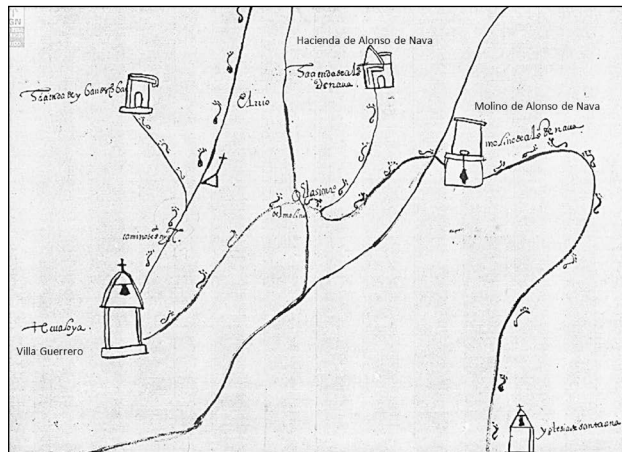
ANTIGUO PLANO DE LA REGIÓN TENANCINGO-VILLA GUERRERO (1580)



Fuente: Archivo General de la Nación (AGN). Fondo Tierras, vol. 2737, Exp. 16, F. 16.

Mapa 3

CAMINOS, HACIENDAS Y MOLINOS DE LA REGIÓN DE VILLA GUERRERO Y TENANCINGO (1594)



Fuente: AGN, Fondo Tierras, Exp. 9, F. 5.

De la revisión efectuada en el Archivo General de la Nación, se obtuvo información que da cuenta de uno de los primeros propietarios. Se trata del banquero suizo Jean Baptiste Jecker, personaje oscuro de la historia nacional a quien se reconoce como uno de los agiotistas que adquirió de manera fraudulenta bonos de deuda del gobierno mexicano, en una de las tantas crisis que el país ha experimentado a lo largo de su historia (fotografía 8). Como habría de suponerse, la grave situación nacional condujo a que dichos bonos no contaran con los fondos necesarios, lo que complicó la situación aún más. Por lo anterior, Martín Reyes Vayssade califica al señor Baptiste como uno de los responsables de fraguar préstamos financieros que motivaron la intervención francesa en México (1861-1867) (AGN-Galería núm. 4, Ramo de Tierras, 1791-1796, vol. 3558).

Desafortunadamente no se recuperaron más documentos de la época, por lo que esta etapa de la historia de la hacienda resulta aún desconocida.

Fotografía 8

BANQUERO SUIZO JEAN BAPTISTE JECKER, ENTRE 1859 Y 1871

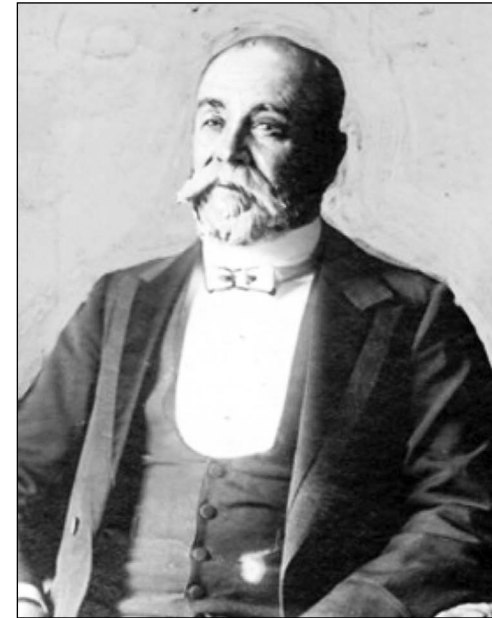


Fuente: Biblioteca del Congreso de Washington, DC, EE.UU. División de Grabados y Fotografías, en Noé Ibáñez Martínez.

En el Archivo General de la Nación se ha localizado información aislada referida a la venta de la Hacienda de Santa Ana por parte del señor Baptiste Jecker a una familia de apellido García Granados, a la que pertenecía otro actor relacionado con uno de los episodios más dramáticos de la historia nacional: la Decena Trágica. Se trata del ingeniero Alberto García Granados (fotografía 9), quien desempeñó el cargo de secretario de Gobernación con el usurpador general Victoriano Huerta, quien ocupó la presidencia de la República.

Fotografía 9

INGENIERO ALBERTO GARCÍA GRANADOS



Fuente: Mediateca INAH.

A García Granados se le culpó por la autoría intelectual del trágico asesinato del presidente Francisco I. Madero y su vicepresidente José María Pino Suárez, el 22 de febrero de 1913. También se le atribuye la frase “La bala que mate a Madero salvará la patria” que al parecer encendió los ánimos para el magnicidio que estremeció al país. De hecho, se le juzgó por su participación en el asesinato de Madero y fue ejecutado el 10 de octubre de 1915 (fotografía 10). La nota fue publicada en Washington el 10 de octubre del mismo año por el diario *The New York Times*, lo que da una idea de la trascendencia de hechos en los que la clase política debía reflexionar antes de cometer ilícitos desde su privilegiada posición

(fotografía 11). Llama poderosamente la atención la defensa que interpuso García Granados pues, a escasas horas de su fusilamiento, expuso en una carta las razones por las que se le culpó, de lo que él y otros definieron como el asesinato cruel de un anciano de setenta años al que realmente debido a problemas de salud que padecía, le quedaba poco tiempo de vida

Escribo estos últimos renglones desde los umbrales de la muerte. Mañana voy a ser asesinado. No tengo interés individual en decir lo que sea la verdad. Mis últimos momentos deseo consagrarlos a mis conciudadanos. Por tanto, ni una sola palabra escribiré en mi defensa. Dejo a la historia el juicio de mis asesinos. Participo de las ideas de Bulnes: “Los mexicanos estamos condenados a vivir bajo la dictadura o bajo la anarquía”. Entre nosotros, los connotados de la democracia, sólo sirven para poner al desnudo nuestro salvajismo ancestral [...] Voy a morir asesinado dentro de pocas horas y me llevo a la tumba el profundo dolor de la próxima ruina total de la que fue mi patria.

Alberto García Granados¹

¹ “Testamento político del Ingeniero Alberto García Granados, escrito en un calabozo de la prisión de Belén” (F9-83-1. A.I.F., en Ramos, 1969: 241-245).

Fotografía 10

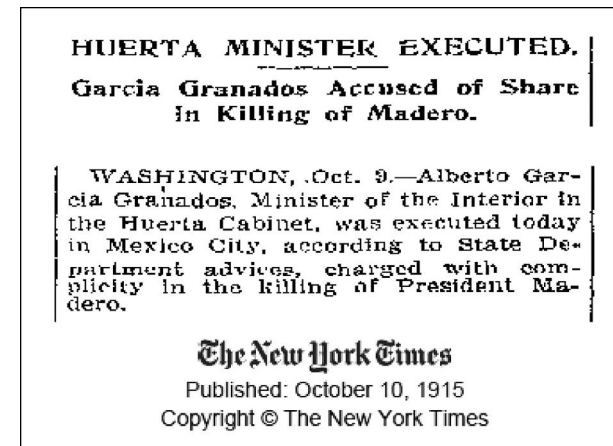
ALBERTO GARCÍA GRANADOS FRENTE AL PELOTÓN DE FUSILAMIENTO



Fotografía: Mediateca INAH.

Imagen 1

NOTA DEL FUSILAMIENTO PUBLICADA EN EL DIARIO *THE NEW YORK TIMES*



Fuente: *The New York Times*.

Algunos años antes de la muerte de Alberto García Granados, su padre, José Vicente García Granados, adquirió la hacienda que mantuvo en operación hasta su fallecimiento el 9 de noviembre de 1873, no sin antes asegurarse de llevar a cabo los trámites necesarios ante un notario, donde dejó como herederos únicos y universales a su esposa Josefa Ramírez y a sus hijos Vicenta, Ricardo y Alberto, este último designado como albacea. La familia no era originaria de Tenancingo, de hecho el notario Francisco de Quevedo los describe como transeúntes dada su calidad de avecindados.

El 11 de mayo de 1877 se presentó la familia García Granados en compañía de su apoderado, Hipólito Ramírez, ante los representantes del juzgado de Tenancingo, Estanislao Oscos y Urbano Lechuga, para realizar la división de los bienes que tenían en la población de Tenancingo. De acuerdo con el inventario realizado, el monto a repartir ascendía a \$178 500.00 (Ciento setenta y ocho mil quinientos pesos 00/100) de los cuales se adjudicó a la viuda la cantidad de \$44 804.88 (Cuarenta y cuatro mil ochocientos cuatro pesos 88/100), doña Vicenta recibió \$44 000.00 (Cuarenta y cuatro mil pesos 00/100), a don Ricardo le correspondió la cantidad de \$38 000.00 (Treinta y ocho mil pesos 00/100) y finalmente al ingeniero Alberto un monto de \$36 195.00 (Treinta y seis mil ciento noventa y cinco pesos 00/100), estos últimos consistentes en la hacienda y el molino anexo llamado de Santa Ana. El precio estimado en estas propiedades era de \$22 000.00 (Veintidós mil pesos 00/100). En el acta se mencionan diversos adeudos que tenían personas como don Jesús Rosales

por renta de terrenos de la Hacienda de Santa Ana (Archivo del Registro Público de la Propiedad, ARPP-Tenancingo).

Más tarde, el 24 de octubre de 1889, la hacienda y el molino fueron vendidos a Miguel Izquierdo, casado y de actividad comerciante, por Ricardo García Granados, quien contaba con un poder debidamente legalizado por su hermano don Alberto García Granados (ARPP-Tenancingo, asiento 148, fojas 19 vuelta y 20 frente y vuelta, segundo volumen). Este hecho fue registrado por el notario Francisco de Quevedo” (ARPP-Tenancingo, partida 148, libro 1889, 1ª sección, año 1889). En las declaraciones, Alberto García Granados afirmó que estos bienes los obtuvo por adjudicación de su padre, el señor José Vicente García Granados (ARPP-Tenancingo, escritura 6, fojas 4 y 5, frente y vuelta, segundo volumen, 1877). El precio pactado para dicha venta fue de \$20 000.00 (Veinte mil pesos 00/100), que se pagó en anualidades de \$5 000.00 (Cinco mil pesos 00/100). El primer pago debió realizarse el 1 de abril de 1890 y el último pago en la misma fecha pero del año 1893. Los intereses a pagar eran de 6% anual, y estaban garantizados con el producto de las labranzas.

El 5 de diciembre de 1903, se presentó Miguel Izquierdo ante Carlos G. Durán, escribano, y como testigos los ciudadanos Remigio Fernández e Isauro Rosales, para elaborar su testamento, ya que se encontraba enfermo, pero en pleno uso de sus facultades intelectuales y habilidades. En el testamento declaró tener 69 años y estar legalmente casado con Isabel Pichardo, de cuya unión tuvo como hijos legítimos a Isabel, Miguel, Manuel, María de Jesús, María Guadalupe, Francisco José, María Ana y Trinidad, todos de apellido Izquierdo Pichardo.

Entre los bienes de su propiedad se cuenta la Hacienda de Santa Ana, el Molino de “La Luz” (como se le conoció hasta esta fecha), el Rancho Coscacuaco (compuesto de varios terrenos), la casa en que se realizó el trámite testamentario ubicada en la calle de la calzada de Tenancingo, una casa comercial denominada “El Puerto de Liverpool” (que los habitantes locales ya no recuerdan), con todos los enseres activos y pasivos, que en adelante habría de manejar la señora Isabel Pichardo en su papel de albacea. La finalidad era que los productos se consagraran al sostenimiento de los hijos legítimos menores de ambos conyuges.³ Se asigna a la señora Isabel Izquierdo, casada con el señor Miguel Millán, los derechos que resultan de las acciones del Molino “La Luz” y la Fábrica de Hilados y Tejidos “La Guadalupe” que don Miguel Izquierdo tenía en sociedad con el doctor Leonides E. Jonguitud.⁴ Agrega el escribano público, que el testador no pudo firmar porque tenía la mano inflamada y vendada, por lo que se pidió a uno de los testigos, el señor Remigio Fernández, que lo hiciera a su nombre.

Dos días después de realizar el trámite, ocurrió el fallecimiento de don Miguel Izquierdo, motivo por el que se presentaron nuevamente ante el C. escribano público, Carlos G. Durán, la señora Isabel Pichardo, viuda de Izquierdo, su hija Isabel Izquierdo acompañada de su esposo, el señor Miguel Millán, para proceder

³ El testamento designa a Miguel Izquierdo, hijo, como segundo albacea para que compartiera la responsabilidad ante la ley.

⁴ El valor estimado de los derechos de las acciones fue de \$5 000.00 (Cinco mil pesos 00/100 m.n.). La construcción del molino fue valuada en \$300.00 (Trescientos pesos 00/100 m.n.).

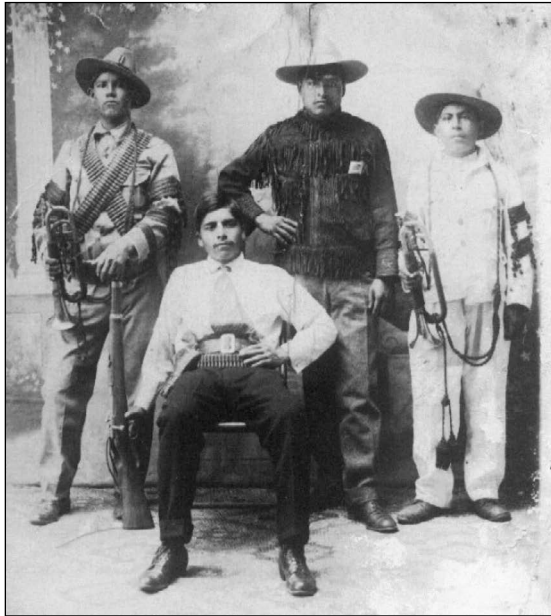
legalmente a la división de los bienes (ARPP-Tenancingo). Entre las múltiples propiedades se describe la hacienda y el molino, mismos que ocupaban en total una superficie de 294 hectáreas, 17 varas y 98 centivaras. El valor se estimó en \$20 000.00 (Veinte mil pesos 00/100 m.n.).

El 20 de septiembre de 1915, tiempo en que la región experimenta problemas intensos como resultado del movimiento armado revolucionario, se tiene registrada la venta de la Hacienda de Santa Ana por parte de Isabel Pichardo, viuda de Miguel Izquierdo, a favor de José Coteró, uno de los propietarios mejor conocidos por los habitantes de Tenancingo, pues se trató de un militar que, entre otras cosas, promovió la celebración del carnaval, festejo que reunía a los habitantes de Tenancingo y la vecina población de Santa Ana Ixtlahuatzingo hasta la lamentable división motivada por el control del agua. El precio de venta fue de \$30 000.00 (Treinta mil pesos 00/100 m.n.) que, para ese tiempo, resultaba irrisorio como comenta Castro Domingo (2003: 6); se explica por lo difícil de mantener una propiedad que era blanco de los continuos ataques de los revolucionarios que la saquearon una y otra vez. El señor Coteró pagó como anticipo la cantidad de 15 000.00 (Quince mil pesos 00/100 m.n.). Para el pago de los quince mil pesos restantes, se acordó un plazo de cuatro meses contados a partir de la fecha de la escritura (RPP-Tenancingo, asiento 148, libro segundo principal de 1889). Durante el tiempo en que el general Coteró ostentó la propiedad, no se vio librado de los ataques de los zapatistas que, según el testimonio del señor Pedro Balcázar Garduño, entraban en un grupo de 50 a 60 bien armados y dispuestos a saquear y matar

(fotografías 11 y 12). Del general José Coteró existen relatos que lo describen como un hombre muy malo y que por ello no puede descansar y se afirma que aún se escucha el galope de su caballo en los alrededores de la hacienda (Entrevista a Celia Velázquez Velázquez, vecina de Santa Ana Ixtlahuatzingo).

Fotografía 11

PERSONAS NO IDENTIFICADAS QUE PARTICIPARON
EN LA LUCHA ARMADA REVOLUCIONARIA EN TENANCINGO



Fotografía: cortesía de la señora Judith Jaimes Cisneros y Dionicio Jaimes.⁵

⁵ El personaje que aparece sentado, al parecer de apellido Mendoza, provenía del vecino municipio de Malinalco. El que está vestido de blanco se apellidaba Cisneros y era oriundo de Tenancingo. Este último tuvo su domicilio en la actual calle de Guillermo Prieto sur, conocida antiguamente como el “Callejón de la bolsa”.

Fotografía 12

REVOLUCIONARIOS
QUE PARTICIPARON EN EL MOVIMIENTO ARMADO DE 1910



Fotografía: cortesía de la señora Judith Jaimes Cisneros y Dionicio Jaimes.

Sin que exista precisión sobre la muerte del general Coteró, una de las versiones que sobreviven en el imaginario popular, describe que ésta ocurrió en una de las visitas que hizo a la hacienda y en el trayecto fue emboscado por enemigos que, por alguna razón, le guardaban mucho rencor. El vehículo en que viajaba con su madre fue acribillado en algún punto del camino real:

[...] Don Pepe (Coteró) iba con su mamá en el coche. Lo pararon y, por cuestión de la hacienda, lo agarraron y lo mataron, lo hicieron garras. Don Pepe se le abrazó a su mamá y siempre se murió. Su ropa la juntó doña Josefita, la metió en un ropero. Unos meses después, la señora abrió el ropero y dicen que, al abrirlo,

no saben lo que vio, pero sí lo vieron arder. Al rato vieron que no había nada. Doña Josefita se puso muy mala. Otras personas se llevaron la ropa ensangrentada y la quemaron. Decían que don Pepe se condenó, se lo llevaron los diablos por causa de esta hacienda (entrevista a la señora Elvira Osorio †).

Una segunda versión, menos creíble pero viva entre los pobladores, explica que se trataba de un general-general, es decir que un mes era hombre y otro mujer. Se dice que en una ocasión enfermó gravemente, por lo que debió ser trasladado a la Ciudad de México en donde fue tratado de un padecimiento que provocó el crecimiento anormal de su vientre. Se trataba de un embarazo de alto riesgo que finalmente no se logró. Un poco recuperado regresó a Tenancingo, pero se alojó en una casa ubicada en las cercanías de la fábrica de hilados “La Guadalupe” donde finalmente falleció (entrevista con la señora Celia Velázquez Velázquez).

Quizás la versión más real sobre la muerte del general José Cotero es la relacionada con una emboscada ocurrida en un tren que tenía como destino el norte del país, como parte de una misión que se le había asignado para combatir a Francisco Villa. El relato señala que Cotero iba acompañado de su madre y un hermano y en el trayecto, el tren fue abordado por los revolucionarios, quienes sometieron a los soldados del gobierno, entonces uno de ellos gritó “ayúdeme general”, lo que desvió la atención hacia Cotero y su familia. El revolucionario preguntó “quién es el general” y sometió al hermano y sin mediar palabras lo condujo fuera del vagón para fusilarlo, pero la intervención de la madre de ambos lo

evitó, al exclamar que no le asesinaran a ese hijo porque era el que veía por ella, que mejor tomaran la vida de su otro hijo, el general, que no logró escapar con vida.

Del año 1929 se conserva un memorándum que Bárbara Iglesias, viuda de Cotero, escribió para pedir al secretario de Agricultura y Fomento que no se le afectara por el reparto agrario ordenado por el presidente de la República. En su argumento destaca que se trata de la herencia que su hijo, el general José Cotero, dejó para sus presentes y futuras generaciones. En este mismo documento, la señora Iglesias señala que su hijo murió en defensa de la patria y por ello deberían tener consideraciones con las propiedades que habrían de repartirse entre los campesinos del pueblo de Santa Ana Ixtlahuatzingo.

Algunos años más tarde, el 12 de febrero de 1935, se presentó la señora Bárbara Iglesias, viuda de Cotero, en su calidad de albacea y única heredera de su finado hijo el general José Cotero, para formalizar la venta de una fracción de la hacienda de Santa Ana (incluido el casco) al licenciado Mardonio Rodríguez Trujillo a un precio de \$9 000.00 (Nueve mil pesos 00/100 m.n.).⁶ Algún tiempo después la hacienda fue rentada a Fidel Viquez y su esposa Irene, quienes duraron muy poco debido a problemas para mantener la propiedad. Los siguientes arrendatarios, de quienes

⁶ Testimonio de la escritura número 10784, “pasada en la Ciudad de México” ante el licenciado Agustín Santamaría, Notario Público núm. 34, fechado el 4 de abril de 1934.

se desconoce el nombre “encontraron dinero oculto, por lo que decidieron huir” (entrevista a Cristina Isojo Camacho †, vecina de Santa Ana Ixtlahuatzingo). Tiempo después, el lugar fue utilizado como escuela, lo que condujo a que sufriera deterioros por el uso inadecuado que se le dio, además de los estragos ocasionados por la Guerra Cristera.

Después de varias décadas de abandono, la hacienda fue adquirida por el Gobierno del Estado de México como parte de un programa que buscaba rescatar numerosas propiedades, entre haciendas y ranchos, en los que se pusieron en marcha proyectos productivos. El gobernador de ese entonces era el profesor Carlos Hank González, quien fue asistido por su secretario de Gobierno, el licenciado Ignacio Pichardo Pagaza. La parte vendedora era la señora Guadalupe Zozaya, viuda de López, y la sucesión de la señorita Eva López Zozaya, representada para este acto por el señor Jesús López Zozaya.⁷ La propiedad, motivo de esa transacción, comprendía no sólo los terrenos, estaba considerado además el casco histórico.

La superficie total adquirida por el Gobierno del Estado de México ascendía a 154 hectáreas, 85 áreas.⁸ El precio pagado fue de \$1 250 000.00 (Un millón doscientos cincuenta mil pesos

⁷ Escritura 17 940, volumen 320, página 34, pasada en la Ciudad de México el 17 de abril de 1972. Dio fe del hecho el licenciado Javier Correa Field, notario núm. 95 del Distrito Federal.

⁸ Se refiere a un levantamiento realizado en diciembre de 1956 por el ingeniero Alfonso M. Torres.

00/100, m.n.).⁹ Transcurrieron algunos años, sin embargo, el proceso legal no se detuvo del todo. El siguiente paso consistió en tramitar el certificado de gravamen para la Notaría 5 de Toluca y de este modo proceder a la donación a favor de Codagem, instancia que en ese momento manejaba numerosas propiedades como la Hacienda de Santa Ana para el desarrollo de proyectos agrícolas.¹⁰ Llama la atención que en la documentación oficial de la hacienda aparece el nombre del general Guadalupe Victoria, primer presidente de la República mexicana (1824-1829), lo que ha llevado a pensar que fue otro de los propietarios. En la tradición popular se dice que en 1830, un militar a quien se pretende identificar con el general Guadalupe Victoria llegó al Convento Carmelita del Santo Desierto y se despojó de su uniforme para instalarse durante una enfermedad que le aquejaba.

Gracias al testimonio del profesor José Miguel Estrada fue posible aclarar que el nombre del general Guadalupe Victoria que se impuso a la hacienda de Santa Ana, ocurrió durante la administración del ingeniero Salvador Sánchez Colín, quien fungía como titular de la Comisión Nacional de Fruticultura (Conafrut), cuando se rebautizaron numerosos inmuebles adquiridos en la década de los setenta por el gobierno federal, con los nombres de caudillos de la historia nacional (fotografía 13).

⁹ La compra consideró en todo momento los usos, costumbres y servidumbres activas y pasivas.

¹⁰ Fecha: 18 de julio de 1986.

A la exhacienda de Santa Ana le fue asignado el nombre del primer presidente de México, mismo que aparece en la documentación que fue entregada a la UAEM cuando se formalizó un comodato por 99 años y la eventual donación realizada algunos años más tarde.

Fotografía 13

VISTA SUR-NORTE DEL CASCO DE LA HACIENDA
DESPUÉS DE LA RECONSTRUCCIÓN REALIZADA POR EL
GOBIERNO DEL ESTADO DE MÉXICO A FINALES DE LOS SETENTA



Fotografía: cortesía del maestro Gerardo Novo Valencia.

A partir de la compra de la exhacienda y sus terrenos, inició un gran proyecto que buscaba detonar la actividad agrícola, específicamente de diversas variedades de frutas como el durazno, pera, nogal, persimón, míspero japonés, almendro, chabacano, ciruela, frambuesa, zarzamora y membrillo. A decir del profesor Estrada, el primer proyecto consistió en la siembra de aguacate de diversas clases (Haas, Puebla, Bacon, Fuerte y Rincón), donde se

pretendía aprovechar las condiciones biofísicas ideales de la región y diversificar los cultivos que, para ese momento, se concentraban en las flores.

En la actualidad, la información documental se encuentra extraviada en los añejos archivos del Poder Ejecutivo del Gobierno del Estado de México con la esperanza de que aún sobrevivan testimonios relacionados con la historia de este escenario histórico.

Se tiene conocimiento de que durante la gestión del licenciado Mario Ramón Beteta como gobernador del Estado de México, la hacienda fue intervenida sin supervisión del Instituto Nacional de Antropología e Historia, de tal suerte que no se emplearon materiales y técnicas adecuadas, además de la asesoría para la recuperación y conservación de los elementos originales. Es evidente el desmedido uso de concreto sobre los centenarios muros de adobe que provocan tensiones estructurales que representan problemas potenciales para el inmueble histórico. Durante algunos años funcionó como sede del gobierno mexiquense en el sur, lo que permitía atender los asuntos de interés regional. Este hecho aseguró de algún modo un mantenimiento constante del inmueble, por lo menos durante el corto tiempo en que el licenciado Beteta estuvo al frente del gobierno estatal.

Como se mencionó, en 2003, el inmueble finalmente fue cedido en comodato por 99 años a la Universidad Autónoma del Estado de México para albergar al Centro Universitario Tenancingo, lo que garantiza el respeto a un escenario que experimentó múltiples sucesos que forman parte de la historia del

sur de la entidad. Al tomarlo en custodia fue necesario realizar trabajos de remodelación en las diferentes áreas que estuvieron abandonadas por algunos años (fotografía 14).

Entre las diferentes instancias que ocuparon el inmueble se menciona al Instituto de Capacitación del Gobierno del Estado de México y Conafrut.

Fotografía 14

ESTADO EN QUE SE ENCONTRABAN LOS SALONES DE CAPACITACIÓN
DEL ICAPGEM (2003) (EDIFICIO C DEL CU TENANCINGO)



Fotografía: Rubén Nieto Hernández.



LA HACIENDA DE SANTA ANA Y SU PAPEL COMO GENERADORA DE RIQUEZA

Como consigna Castro (2003: 6), la Hacienda de Santa Ana tuvo una elevada productividad agrícola que la ubicaba en el segundo lugar en la región sur del Estado de México. El primer lugar lo ocupó la hoy desaparecida Hacienda de Tenería que a principios del pasado siglo xx perteneció a José Limantour, colaborador del dictador Porfirio Díaz. Lo que hace singular a la Hacienda de Santa Ana fue la diversidad de productos que en ella se producían. El trigo era el principal producto (se producían hasta 400 cargas anuales), maíz (hasta 200 cargas), haba, chícharo, lenteja, aguacate, durazno, pera, manzana, chabacano, granada de china, tejojote y una gran diversidad de flores. Contaba con un molino de trigo movido por fuerza hidráulica equivalente a 20 caballos (fotografía 16). Para 1893 (Villada, en García Luna, 1981), se reporta una producción anual de 5 000 cargas de harina de 300 libras, cada una con un costo unitario de \$10.50 (Diez pesos 00/100 m.n.). La mayor parte del producto se destinaba al mercado regional, aunque una parte importante se enviaba a diversas ciudades. Para este mismo año, se estimó un costo de \$4 000.00 (Cuatro mil pesos 00/100 m.n.) para el edificio. La maquinaria tenía un costo similar (García Luna, 1981: 84).

Fotografía 15
EL MOLINO DE “LA LUZ”



Fotografía: Ma. Teresa Pedraza.

El sueldo de los operarios que procesaban cuatro cargas diarias ascendía a \$0.25 al día, que seguramente resultaba sumamente bajo para la cantidad de trabajo invertido. Tal vez este haya sido uno de los motivos del litigio promovido por los trabajadores que demandaban una mejora salarial (fotografía 16).

La hacienda contaba, además, con la Fábrica de Hilados “La Guadalupe” (fotografía 17), que para 1905 tenía registrados a 53 trabajadores que producían anualmente 96 000 prendas cuyo valor ascendía a \$66 000.00 (Sesenta y seis mil pesos 00/100 m.n.). El sueldo de los obreros oscilaba entre \$0.50 y \$0.60 el jornal (García Luna, 1981: 71). En los cinco años siguientes, la producción tuvo una disminución significativa (más de 90%) que seguramente la hacía poco sustentable. No se cuenta con registros claros después de la fecha mencionada, suponemos que se mantuvo produciendo

en forma ininterrumpida. Esta fábrica, junto con el Molino de “La Luz”, operaron bajo un régimen de sociedad mercantil entre la familia Izquierdo y Leonides Jonguitud, relación que se formalizó ante el Notario Carlos G. Durán el día 29 de junio de 1904.¹

Fotografía 16
EMPLEADO DEL MOLINO QUE CONTINÚA EN OPERACIÓN



Fotografía: Ma. Teresa Pedraza.

¹ Escritura de Compromiso otorgada por los señores Domingo Patiño, Leonides E. Jonguitud, Emilio Izquierdo, Isabel Izquierdo de Millán y Dionicio Izquierdo. Ciudad de Tenancingo a 17 de septiembre de 1908, Archivo General de Notarías, Dto. 10, N. T. 1, Prot. 1, escribano Cipriano Álvarez, Fs. 8IV-824.

Fotografía 17
LA TABACALERA



Fotografía: Rubén Nieto.

No es sino hasta la década de los setenta del siglo xx, cuando se constituye como Sociedad Cooperativa de Producción de Hilazas y Torzales de algodón “La Guadalupe”, S.C.L.,² después de un largo proceso legal en el que los empleados entablaron una demanda que eventualmente ganaron y el juez pone en remate la propiedad, incluida la maquinaria para el trabajo textil (fabricación de hilos, hilazas y torsales de algodón).³ El veredicto a favor de

² Fecha de constitución: 19 de mayo de 1972. Expediente 623.2(725.2)/- Secretaría de Industria y Comercio, Dirección General de Fomento Cooperativo, en Archivo Histórico del Agua, expediente 56212.

³ Expediente 56212, Archivo Histórico del Agua. Dirección General de Aprovechamiento Hidráulicos, Departamento de Aguas Nacionales, expediente 21.214(12)208, 2º Cuaderno.

los trabajadores condujo a que la fábrica quedara en manos de 43 trabajadores que organizan la mencionada cooperativa con la asesoría de la Secretaría de Industria y Comercio.

RELACIÓN DE TRABAJADORES QUE FUNDARON LA SOCIEDAD COOPERATIVA DE HILADOS Y TORZALES DE ALGODÓN “LA GUADALUPE”, S.C.L.

1. Gonzalo Serrano Guadarrama
2. Mariano Rivera Alcántara
3. Maurilio Jardón Bernal
4. Marciano Nava Lara
5. Tomás Pedroza Camacho
6. Tomás Ceballos Esquivel
7. Juan Rivera Alcántara
8. Felipe Castañeda Orihuela
9. Francisco González Lara
10. Pablo Nava Sánchez
11. Cirilo Nava Sánchez
12. Cirilo Nava Garduño
13. José González
14. Anastacio González Chávez
15. Francisco Serrano Benítez
16. Roberto Castillo Mendoza
17. Roberto Jardón Camacho
18. Manuel Camacho Landa (secretario de trabajo y conflictos)
19. Jesús Méndez Morales
20. Román Castañeda Orihuela

21. Andrés Méndez Bernal
22. Fortino Cervantes García
23. Andrés Serrano Espinal
24. Andrés Serrano Benítez
25. Leonardo Serrano Benítez
26. Valentín Rivera Ayala
27. Reginaldo Jardón G.
28. Reyes Rivera Ayala
29. Julián Rivera Velázquez
30. Isauro Escobar Urbina
31. Manuel Serrano Muñoz
32. Enrique Centeno Gómez (secretario general)
33. Antonio Sánchez Alcántara
34. Medardo Nava Sánchez
35. Lorenzo Vázquez Sánchez
36. Eloy Molina
37. Rafael Cruzalta Reynoso
38. Roberto González Lara
39. Daniel Camacho Landa
40. Santiago González Lara
41. Enrique Castro Serrano
42. Felipe Serrano
43. Tomás Ceballos Junior

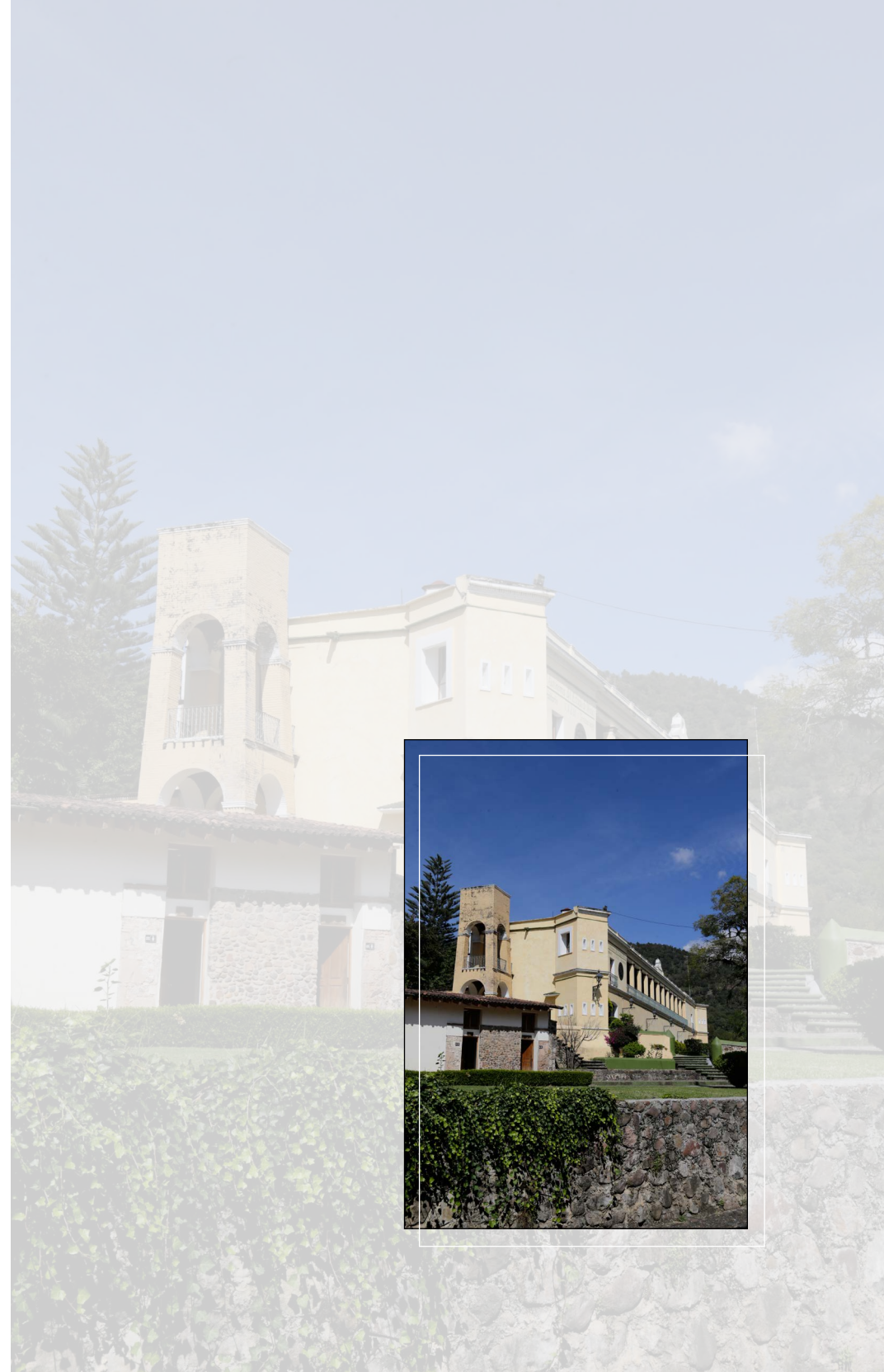
De especial interés es un documento en el que la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje por conducto del Grupo Especial número seis, dictó un laudo que condenó a la empresa “La Providencia”

S. de R. L. y “La Guadalupe”, S. A., al embargo de todos sus bienes, cuyo valor ascendía a \$704 000.00 (Setecientos cuatro mil pesos 00/100 m.n.). Ante la ausencia de postores, se realizó la adjudicación a los trabajadores por la cantidad de \$469 332.00 (Cuatrocientos sesenta y nueve mil trescientos treinta y dos pesos 00/100 m.n.).⁴ Llama la atención las fechas de fabricación de la maquinaria adjudicada a los trabajadores, ya que ninguna de ellas va más allá de 1895. La mayor parte corresponde a los años 1899, 1904, 1905 y 1908, lo que significa que en éstos se realizó la renovación completa de la infraestructura productiva, acción congruente con las políticas emprendidas por el gobierno encabezado por el general Porfirio Díaz, quien privilegió el desarrollo de la industria de la transformación, en este caso la de hilados y tejidos.

Una vez adjudicada la fábrica a los obreros, se debieron enfrentar múltiples problemas a causa del manejo del agua que permitía mover la maquinaria. Se promovieron solicitudes de dotación de agua ante el gobierno federal, mismas que mantuvieron durante décadas la producción, la cual decayó debido al problema del agua suscitado con el pueblo de Santa Ana Ixtlahuatzingo.

⁴ Expediente 100/66 relativo a la demanda del ciudadano Gonzalo Serrano y otros contra “La Providencia”, S. de R. L. y “La Guadalupe”, S.A., de fecha 30 de agosto de 1969. Grupo Especial Número seis de la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje.

Entre los propietarios de la fábrica, de quienes se tiene registro, destacan Felipe Suberbie (7 de octubre de 1931) quien era asistido por su apoderado y Dionicio Izquierdo Alarcón (mayo de 1954), quien falleció el 10 de agosto de 1962.



UNA APROXIMACIÓN A LA FUNCIÓN DE LOS ANTIGUOS ESPACIOS

Este espacio histórico ha sufrido cambios en su estructura original, por lo que la imagen que actualmente se observa (fotografía 18), dista significativamente de la que tuvo a principios del siglo xx. Como muchos de los edificios de la época, casona y capilla integraban el casco principal; todo fue construido en adobe y mampostería de piedra brasa. Las cubiertas estaban construidas con viguería, tabla, terrado y teja (fotografía 19), muy distinto a las bóvedas que se aprecian en la actualidad. El sistema constructivo original se empleó en las cubiertas del edificio principal y de la capilla. La falta de mantenimiento propiciada por el abandono del inmueble trajo como consecuencia la destrucción de elementos originales que fueron sustituidos por otros que, si bien no rompen del todo con la estética el conjunto, no concuerdan con la imagen original (fotografía 19).

Fotografía 18

EL CASCO DE LA HACIENDA
 ANTES DEL SISMO DEL 19 DE SEPTIEMBRE DE 2017



Fotografía: Rubén Nieto.

La imagen deja ver claramente que parte de los elementos arquitectónicos corresponden con los que existen en el presente. En la habitación que se aprecia al fondo, que hoy aloja la oficina de la Dirección del Centro Universitario Tenancingo, la cubierta se desplomó totalmente y fue reconstruida con bóvedas estilo Guadalajara. Un proceso semejante se realizó con las habitaciones, el corredor de la parte superior y las aulas en que se realizaba la capacitación en tiempos recientes (fotografías 20, 21 y 22).

Fotografía 19

VISTA DEL CORREDOR SUPERIOR DEL EDIFICIO PRINCIPAL
 ANTES DE LA RECONSTRUCCIÓN. ESTE ESPACIO ALBERGA ACTUALMENTE
 A LA OFICINA DE LA DIRECCIÓN DEL CENTRO UNIVERSITARIO



Fotografía: autor anónimo.
 Fondo documental del CU Tenancingo.

Como hemos podido comprobar, no hubo asesoría por parte de especialistas del área de restauración arquitectónica, de tal suerte que diversos elementos sufrieron modificaciones sustanciales, poco congruentes con las normas oficiales de conservación. Este es el caso de los aplanados de cal y arena que fueron reemplazados

por materiales ajenos (mortero) a la estructura original. En el mismo sentido, la vigería que en el pasado sostenía la cubierta fue sustituida por viguetas de acero que reciben las cargas de las “cuñas” de barro que forman las bóvedas (fotografía 20). Como podrá suponerse, estos materiales no son los más adecuados para una estructura construida con técnicas y materiales diferentes.

Fotografía 20
CORREDOR SUPERIOR DEL CASCO HISTÓRICO



Fotografía: Rubén Nieto Hernández.

Fotografía 21
VISTA DEL ESTADO DE ABANDONO DEL EDIFICIO PRINCIPAL
ANTES DE LA HABILITACIÓN COMO ESPACIO UNIVERSITARIO



Fotografía: Rubén Nieto Hernández.

En algunos rincones del inmueble se observan rastros de la cromática original. Se empleó un color rojo terracota (se debieron utilizar arcillas con un alto contenido de óxido de hierro), tonalidad semejante a la que se usó en tiempos del gobernador Salvador Sánchez Colín.

Fotografía 22

ASPECTO QUE GUARDABAN LAS AULAS DEL EDIFICIO C
ANTES DE LA INTERVENCIÓN



Fotografía: Rubén Nieto Hernández.

La capilla presenta una portada neoclásica de cantera muy sobria. La imagen original de Santa Ana, madre de la Virgen María, era la patrona de este lugar (fotografía 23). Se nos informó que es la imagen que actualmente se encuentra en la Parroquia de San Francisco en la cabecera municipal de Tenancingo, aunque también se afirma que la imagen es la que se encuentra en la capilla de Santa Ana Ixtlahuatzingo. A pesar de los cambios en la estructura de la capilla de la hacienda, se sabe que tuvo una cubierta de viguería, tabla y teja que eventualmente fue sustituida por una bóveda de cañón corrido, construida con cuñas de barro.

Fotografía 23

INTERIOR DE LA CAPILLA DE SANTA ANA



Fuente: Rubén Nieto Hernández.

El interior estaba dividido en dos niveles que durante los servicios religiosos cumplían la función de mantener la diferencia entre patrones y trabajadores (Castro, 2003: 85). El espacio superior que correspondería con el coro era en un pasillo en forma de “U” que rodeaba la mitad anterior del edificio al que se accedía por la habitación que en la actualidad estaba ocupado por personal administrativo. Este acceso se situaba en un nivel más alto que la entrada principal y reflejaba la diferencia entre hacendados

y trabajadores en los servicios religiosos (Nierman y Vallejo, 1989: 4). Comentó el señor Pedro Balcázar: “había una puerta y tenía un barandal, los dueños de la hacienda nada más salían de las piezas para oír la misa, no bajaban a la capilla y lo piones eran abajo” (Castro, 2003: 85). En este comentario se expresan y materializan las diferencias sociales que han caracterizado a la historia nacional, no en balde señalaba con profunda tristeza Elvira Osorio García que “hasta ante Dios hay diferencias” (fotografía 24).

Fotografía 24
LA CAPILLA DE SANTA ANA



Fotografía: Rubén Nieto Hernández.

El pequeño atrio consiste en un espacio delimitado por muros de baja altura con un solo acceso situado en el extremo opuesto a la puerta principal de la capilla. Se sabe que pudo haber funcionado como camposanto familiar, lugar reservado para los hacendados

y sus familias.¹ Es probable que espacios contiguos, como los jardines laterales pudieron haber operado como cementerio de los trabajadores de la hacienda (Nierman y Vallejo, 1989: 34). Este uso diferenciado de los espacios se debe a que desde la perspectiva local “hay quien puede estar más cerca de dios y su corte celestial”.

En el imaginario popular se tejen narraciones que exaltan la riqueza que tuvieron las haciendas en su momento de apogeo. Se dice por ejemplo que, al pie de la escalinata de la capilla, se ubica una piedra redonda de tamaño mediano, existe un túnel que ponía a salvo a los dueños y su dinero durante los ataques de los revolucionarios.² Estas historias propiciaron que el inmueble fuera objeto de saqueo y destrucción por buscadores de tesoros que convirtieron el casco de la hacienda en una verdadera ruina.

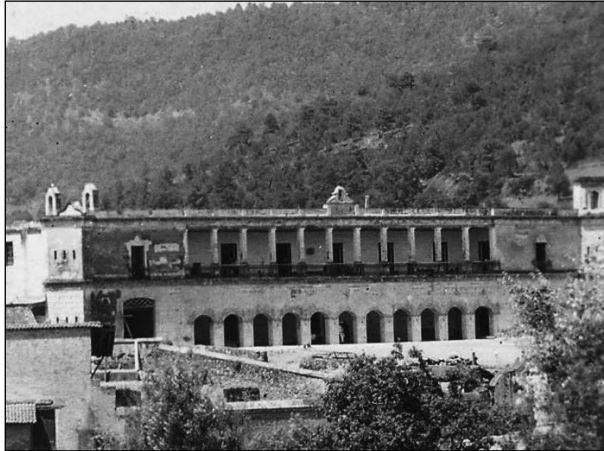
Gracias al apoyo del licenciado Sergio Oscos, se cuenta con una imagen de la hacienda que permite conocer el inmueble en la década de los veinte, del siglo xx, especialmente de sectores de los que poca o nula información existía (fotografía 25). Fue posible, además, reconocer la distribución de diversos espacios que erróneamente se habían identificado como elementos posteriores al apogeo de la hacienda.

¹ Las pruebas geofísicas mostraron anomalías que parecen corresponder con las antiguas sepulturas.

² Narración de un personaje (anónimo) que conoció la hacienda en sus últimos momentos de bonanza (2003).

Fotografía 25

LA HACIENDA DE SANTA ANA
EN LA DÉCADA DE LOS AÑOS VEINTE



Fuente: cortesía del licenciado Sergio Oscos.

La fotografía permite observar detalles significativos del edificio histórico, útiles para la reconstrucción de dicho escenario. Un ejemplo es el espacio que está ocupado por el Hotel Escuela “Las Flores” que como se puede ver ya existía y, como refiere el señor Garduño, tenía la función de “semillero”, es decir, el lugar en el que se resguardaban granos de trigo y maíz tanto para su comercialización como para el cultivo (fotografía 26). En la imagen se aprecia además una puerta que comunicaba desde el exterior sin necesidad de ingresar por el acceso principal. En la parte posterior del granero, donde ahora se localizan los edificios B y C del actual Centro Universitario, se situaba el corral de los animales.

Fotografía 26

FACHADA EXTERIOR DEL “SEMILLERO”,
DENOMINACIÓN QUE RECIBÍA ESTE ESPACIO DE ACUERDO
CON LA NARRACIÓN DEL SEÑOR PEDRO BALCÁZAR GARDUÑO



Fotografía: Rubén Nieto Hernández.

El entorno ha experimentado cambios drásticos. Las extensas áreas que antaño estaban ocupadas por campos de cultivo de trigo, maíz y numerosos árboles frutales, hoy lo están por una exuberante vegetación y el creciente número de invernaderos que a un ritmo acelerado conducen a la irremediable formación de un paisaje caracterizado por cerros y cañadas de plástico. Se aprecian algunas especies que actualmente han desaparecido, como los magüeyes o los árboles de aguacate que en alguna época representaron uno de los recursos más importantes de la región. El Centro Universitario Tenancingo realiza esfuerzos importantes para la reintegración de las huertas de aguacates, como alternativa para la generación de recursos económicos y la preservación del medio ambiente.

Los acuíferos que permitían el regadío de las tierras de la zona, complementaban un marco digno de retratarse en las obras de algunos de los artistas más destacados de México. En el presente, lugares como el Salto de Tenancingo que enorgullecían a los habitantes de este bello rincón de la geografía estatal, funcionan como colectores de aguas negras, ajenos totalmente a su antigua imagen.

Gracias a las imágenes que han sobrevivido a la fecha, se sabe de la existencia de un pequeño cuerpo de agua ubicado en el exterior del casco principal. Se pensaba que el estanque se ubicaba en el interior de la hacienda, específicamente en el lugar que ocupa el Hotel Escuela. Como se puede apreciar en la imagen siguiente, se localizaba en el exterior, justo en el sector que actualmente está ocupado por la incubadora de empresas del Centro Universitario (fotografía 27).

Fotografía 27

UN CATRÍN POSANDO JUNTO AL ESPEJO DE AGUA



Fotografía: cortesía del licenciado Sergio Oscos.

En un examen pormenorizado de la fotografía, resulta muy interesante la presencia de un personaje perteneciente a la clase “acomodada” de Tenancingo. Viste traje y se halla posando para el fotógrafo que captó esta imagen. Su presencia en este escenario hace patente la histórica contradicción entre ricos y pobres, esquema que se ha perpetuado hasta nuestros días (fotografía 28).

En contraparte, se observa en la siguiente imagen a detalle, un trabajador de la hacienda vestido a la usanza de la época, es decir, con camisa y calzón de manta, complementado por un sombrero de ala ancha. Aparece recargado en una columna del corredor inferior del casco de la hacienda. Al parecer este lugar estaba destinado al cuidado de los becerros recién nacidos.⁵

⁵ Entrevista con el señor Pedro Balcázar Garduño, quien visitó la hacienda en compañía del autor del presente texto. Castro Domingo (2003: 85) comenta que don Pedro Balcázar fue nieto de uno de los últimos administradores de la hacienda.

Fotografía 28

TRABAJADOR DE LA HACIENDA CON CAMISA,
CALZÓN DE MANTA Y SOMBRERO



Fuente: cortesía del licenciado Sergio Oscos.

La imagen siguiente permite apreciar el interior del corredor que daba acceso a la cocina de la hacienda. Éste se hallaba libre y permitía la circulación del personal que laboraba en el edificio principal. De acuerdo con Elvira Osorio García, nieta del encargado del molino y de la fábrica de hilados, las habitaciones

funcionaban como áreas de trabajo; posiblemente la cocina con sus braseros de leña, pues la recuerda llena de humo y triques (fotografía 29). Al frente se encontraba un espacio amplio que se empleaba como una era para limpiar el grano. Alternativamente se utilizaba como patio para secar la ropa y en tiempos del general José Cotero se destinaba para la celebración del carnaval.

Fotografía 29

CORREDOR INFERIOR DEL CASCO DE LA HACIENDA EN 2000.



Fotografía: Rubén Nieto Hernández.

El extremo norte del casco, lugar en que se ubica el acceso al auditorio del Centro Universitario, estaba diseñado como entrada para carruajes que llevaban cargas de productos agrícolas o algún otro material a un almacén que se hallaba en la parte posterior (fotografía 30). Este corredor fue modificado y se adecuaron espacios para oficinas para personal académico y una sala de trabajo para alumnos.

Fotografía 30

SECCIÓN NORTE DEL CASCO DE LA HACIENDA DE SANTA ANA



Fotografía: autor anónimo.

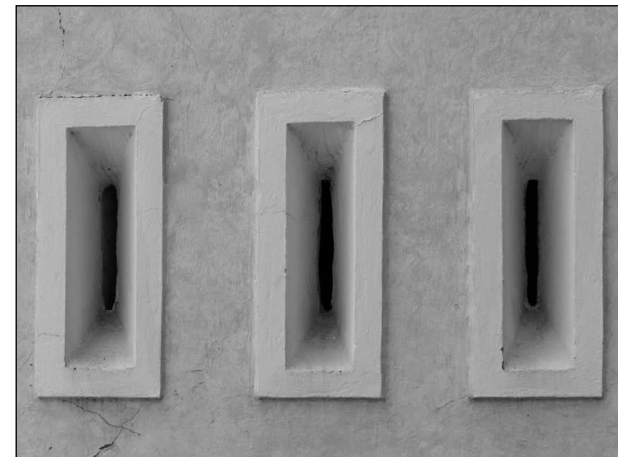
Fondo documental del Centro Universitario Tenancingo.

En la imagen previa se observa la construcción de adobe y teja descrita. Se aprecia asimismo una sección diagonal con ventanas muy estrechas (partes superior e inferior) que de acuerdo con

Sergio Molina⁶ se conocían como “troneras” que se utilizaban para defender el lugar (fotografía 31). Según el señor Pedro Balcázar, “esas ventanas eran unas claraboyas, eran para asomarse y tirar, por aquí se parapetaban, por ahí sacaban el arma y tiraban”. La forma “abocinada” ponía a salvo a los habitantes de la hacienda, ya que evitaba el paso de las balas para hacer blanco en ellos.

Fotografía 31

LAS “TRONERAS” PARA DEFENSA DEL CASCO DE LA HACIENDA



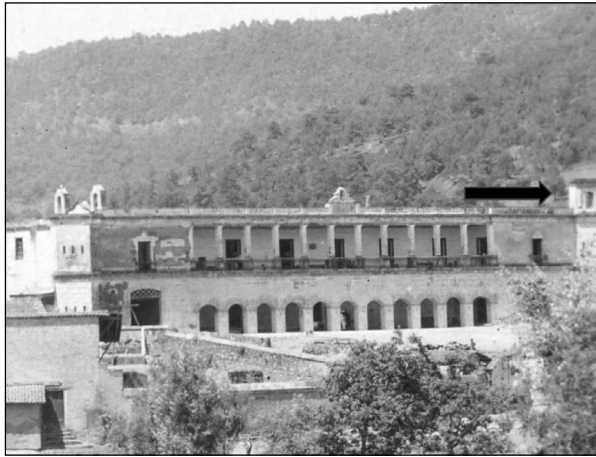
Fuente: Rubén Nieto Hernández.

Este elemento arquitectónico tuvo modificaciones como la demolición del torreón que existía en la parte superior, al que se accedía por la habitación principal de los hacendados (fotografía 33).

⁶ Comunicación personal, arquitecto Sergio Molina Salinas, especialista en arquitectura histórica de la Dirección de Museos de la UAEM.

Fotografía 32

UBICACIÓN DEL ANTIGUO TORREÓN



Fotografía: cortesía del licenciado Sergio Oscos.

La señora Osorio comentó en una visita que todo estaba muy cambiado, prácticamente no reconocía nada, con excepción del espacio que actualmente ocupa la oficina de la Dirección del Centro Universitario, donde se ubicaba la habitación de los hijos de don Fidel, al parecer uno de los últimos propietarios.

En los alrededores sobreviven algunos muros de adobe que rodeaban la huerta, “todo eran manzanas, duraznos, peras, nogal, chabacano y aguacate. Cuando visitábamos a doña Bárbara (madre del general José Cotero) nos daba permiso de ir a cortar” (entrevista al señor Pedro Balcázar Garduño).

Algunos lugares que ya no pertenecen a la hacienda guardan relatos de episodios que dejaron profunda huella entre los habitantes originarios de Santa Ana Ixtlahuatzingo y Tenancingo.

Un ejemplo es un árbol conocido como el Zapote blanco, ubicado frente a la entrada principal del CECYTEM, del que se dice, en tiempos de los cristeros se utilizó para colgarlos (fotografía 34). Sobrevive la costumbre de bajar la cabeza al pasar por donde está el viejo árbol, no necesariamente como una actitud de respeto que guardan las personas, sino por la recomendación que hacían los padres a sus hijos de que si volteaban, se los llevarían los “colgados”. Lamentablemente, la ignorancia condujo a que este mudo testigo de la historia fuera derrumbado, ya que estorbaba al propietario del predio en que se encontraba plantado. Con la ayuda especializada del doctor Juan Carlos Reyes Alemán, académico del Centro Universitario, se intentó rescatar una rama que conservaba un agónico verdor. Ahora, sólo queda la imagen que a continuación se muestra, como evidencia de dramáticos sucesos históricos de esta región.

Fotografía 33

ÚLTIMA IMAGEN DEL VIEJO ZAPOTE BLANCO
EN EL QUE FUERON COLGADOS CRISTEROS DE LA REGIÓN



Fotografía: Rubén Nieto Hernández.



EL SISMO DEL 19 DE SEPTIEMBRE
DE 2017. CUANDO EL MONSTRUO
DE LA TIERRA SE SACUDIÓ

El 19 de septiembre de 2017 se registró un sismo de gran magnitud (7.1 grados en la escala de Richter) que sorprendió a México. Paradójicamente, ocurrió el mismo día que el de 1985 y con un efecto igualmente devastador que cobró la vida de cientos de mexicanos. A 32 años de aquel episodio, se repitió la dramática historia que ha puesto a prueba a una sociedad que ha respondido solidariamente a quienes cayeron en desgracia.

El sismo tuvo como epicentro la zona colindante entre los estados de Puebla y Morelos, pero su poder destructivo se sintió en numerosos estados de la república. En el sur del Estado de México la devastación fue impresionante, los municipios de Ocuilan, Malinalco, Tenango, Joquicingo, entre otros, experimentaron el terror provocado por la fuerza de la tierra ante la cual el hombre no tiene manera de protegerse.

Los daños afectaron los hogares de miles de familias quienes ahora luchan por recibir apoyos que permitan recuperar su patrimonio. Los monumentos históricos, religiosos y civiles sufrieron graves daños que ponen en riesgo su preservación. Este es el caso del casco de la exhacienda de Santa Ana, que enfrenta serios deterioros que han entristecido a la comunidad

universitaria y a la población del municipio de Tenancingo (fotografía 35).

Fotografía 34

ESTADO EN QUE SE ENCUENTRA LA CAPILLA



Fotografía: Rubén Nieto Hernández.

El edificio histórico que, hasta la fatídica fecha albergaba oficinas, laboratorios, salas de trabajo para académicos y alumnos, se sacudió violentamente por largos segundos que parecieron una eternidad

(fotografía 35). La gran fortaleza, que es orgullo universitario, pareció sucumbir ante un evento de la naturaleza que nos mostró lo insignificante que es el ser humano. Quienes se encontraban en el interior del edificio lograron escapar del inminente desplome de muros, cornisas y distintos elementos arquitectónicos. Lo ocurrido lleva a dedicar una reflexión en torno a la inexplicable resistencia que mantiene a nuestro baluarte histórico, del que estamos orgullosos en la UAEM.

Contemplo aún incrédulo las heridas que el monstruo de la tierra ha infligido a tus poderosos muros. Desde el primer encuentro con tu monumental presencia, estaba convencido que te mantendrías intacto como lo habías hecho desde siglos atrás.

Lograste resistir los más dramáticos episodios de la historia nacional, desde las confrontaciones del movimiento armado revolucionario de 1910, donde ni siquiera los cañones y metrallas que hicieron blanco en tus paredes, habían logrado mermar tu extraordinaria fortaleza.

Décadas más tarde, durante la guerra cristera, etapa histórica en la que el pueblo mexicano defendió su fe, sufriste el cierre forzado de las puertas de la capilla de Nuestra Señora Santa Ana (madre de la Virgen María).

Ya en tiempos modernos, soportaste la despiadada agresión a tus entrañas provocada por quienes veían en ti sólo a una vieja ruina en la que afanosamente buscaban míticos tesoros.

Después de años de abandono y de inmisericordes agresiones a tus legendarios espacios, una luz cambió tu destino, se crea en

principio la Unidad Académica Profesional Tenancingo, donde comenzó a escribirse un nuevo rumbo que esperamos continúe por mucho tiempo.

Ahora, tus entrañas se muestran sangrantes, tus cimientos vacilantes apenas soportan tu moribunda estructura. Sin embargo, aun en el lastimoso estado en que te encuentras, nos muestras la fuerza de quienes te erigieron y dieron vida.

Fotografía 35

LOS DAÑOS AL CASCO HISTÓRICO



Fuente: Rubén Nieto Hernández.

Fotografía 36

RUBÉN NIETO HERNÁNDEZ,
CRONISTA DEL CU TENANCINGO, ENERO DE 2018



Fotografía: Gerardo Morales Montes de Oca.

El recorrido realizado representa sólo una pequeña parte de una historia mucho más amplia que requiere de una labor permanente de recuperación. Este trabajo habrá de continuarse, pues cada nuevo documento permite avanzar en el conocimiento de la historia de un espacio en el que se escenificaron dramas sociales caracterizados por momentos de tensión y distensión en un contexto espacio-temporal bien delimitado. Los dramas sociales marcan estatus, se dirimen las diferencias y cuentan con la capacidad de movilizar razones, emociones y voluntades. Se trata del espacio en el que operan las identidades colectivas, donde expresiones, relatos y narrativas se tejen a partir de procesos sociales e históricos y en conjunto legitiman las formas de vida y establecen referentes para la acción (Turner, 1957). Este punto constituye una brecha de

investigación fresca para reconocer procesos de resistencia que marcaron la historia de la región sur del Estado de México.

Rubén Nieto, 2018.

REFERENCIAS

- Castro Domingo, Pablo (2003), *Chayotes, burros y machetes*, Zinacantepec, Estado de México, El Colegio Mexiquense.
- Ceballos, Luis G. Miguel Saldaña; Baldomero Segura García y Humberto Tejera (investigadores) (1969), “*Testamento político del ingeniero Alberto García Granados, escrito en un calabozo de la prisión de Belén*”, en *Documentos históricos de la Revolución mexicana XVI* [F9-83-1. A.I.F.]. Coord. Roberto Ramos V., México, Jus, pp. 241-245.
- Florescano, Enrique (1975), *Origen y desarrollo de los problemas agrarios en México. 1500-1821*, Col. Problemas de México, México, Era.
- García Luna, Margarita (1981), *Haciendas porfiristas en el Estado de México*, México, UAEM.
- Gilly, Adolfo (1972), *La revolución interrumpida*, México, Ediciones “El Caballito”.
- Ibáñez Martínez, Noé (2014), “Los bonos de Jecker y el intervencionismo francés en México”, en *Columna Disertaciones*, México, <http://elnigromante23.blogspot.mx/2014/07/los-bonos-de-jecker-y-el.html>
- Molina Enríquez, Andrés (1997), *Los grandes problemas nacionales*, México, Era.

Montes de Oca Navas, Elvia (1998), “Las haciendas”, en *La historia general del Estado de México*, capítulo XIV, México, El Colegio Mexiquense.

Nierman Ptak, Daniel y Ernesto H. Vallejo Díaz (1989), *La hacienda en México*, México, Universidad Iberoamericana.

Ramos V., Roberto (coord.) (1969), *Documentos históricos de la Revolución mexicana XVI*, México, Jus.

Turner, Víctor (1957), *Schism and Continuity in an African Society. A study of Ndembu village life*, Manchester, Manchester University Press.

Villada, José Vicente, “Memoria de la Administración Pública del Estado de México”, presentada a la XV Legislatura por el gobernador constitucional, general José Vicente Villada. Cuatrienio de 1889 a 1893, en Margarita García Luna (1998), *Los orígenes de la industria en el Estado de México (1830-1930)*, México, Instituto Mexiquense de Cultura, Gobierno del Estado de México, pp. 241-245.

Von Wobeser, Gisela (1989), *La formación de la hacienda en la época colonial. El uso de la tierra y el agua*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM.

Wolf, Eric; Mintz, Sidney (1975), “Las haciendas y plantaciones en Mesoamérica y las Antillas”, en Enrique Florescano (coord.), *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, México, siglo XXI, pp. 493-531.

ARCHIVOS

Archivo General de la Nación (AGN).

Archivo del Registro Público de la Propiedad (ARPP)-Tenancingo

Archivo Histórico del Agua.

Archivo General de Notarías.

Archivo Histórico del Estado de México.

Archivo del Poder Ejecutivo del Gobierno del Estado de México.

Recuento histórico de la Hacienda de Santa Ana, Ténancingo, de Rubén Nieto Hernández, se terminó de editar en noviembre de 2018. Coordinación editorial: Lucina Ayala López. Corrección de estilo: María Consuelo Barranco Monroy. Diseño y formación: Elizabeth Vargas Albarrán. Diseño de forros: Mayra Flores Mercado.